

IV Jornadas de Crisis. Visiones del feminismo

La lucha por la naturalidad.

Teresa Abad Carlés

Las conquistas en el plano de la igualdad formal entre mujeres y hombres no suponen que se haya alcanzado una efectiva igualdad de oportunidades. Lograr la igualdad real de la mujer requiere actuar sobre el pasado y el presente.



Sta. Paciencia (Teresa Abad Carlés)

Para las cabezas entrenadas en buscar la segunda lectura de las cosas podría resultar inquietante que coincidan en el mismo número de la revista los temas “utopía” y “visiones del feminismo”. Por supuesto que podría tratarse de una mera casualidad; pero si no lo fuera, si se tratara de una pregunta subliminal sobre si son las propuestas que plantea el feminismo una utopía, respondería como lo hace la catedrática de Ética y académica de Ciencias Morales y Políticas, doña Adela Cortina, quien

partiendo de la etimología de la palabra utopía (“no lugar”) declara que la igualdad de oportunidades no es utópica porque sí va a tener lugar. Simplemente porque es injusta.

Trabajar contra esa injusticia, como todas las que supone la desigualdad, no debe abrumarnos. En ocasiones es la propia altura de miras la que nos paraliza, siendo que a nuestro alcance hay tanto por hacer. Y es que a la hora de abordar los problemas –incluidos los de desigualdad– que nos ocupan reivindicó la

acción. Una acción precedida de una toma de conciencia y de un relato de la situación sin prejuicios, honesto. Vivimos en un momento complicado y por ello en ocasiones tramposo, porque es indudable todo el recorrido que la España de los últimos cuarenta años ha hecho en cuestiones de igualdad. El hecho de que mi madre no pudiera ir sola al banco a realizar gestiones y su hija haya podido recorrer el mundo sola, elegir la carrera y la familia que ha querido es un salto hacia delante indudable,

aunque no exento de moratones. Pero cuando veo a nuestras hijas esclavas de su imagen como nosotras no estuvimos, víctimas de una violencia machista a unas edades que nosotras no sufrimos, con unos planes de estudios sin referentes femeninos, que lamentablemente nosotras también padecemos, me pregunto si es lícito que la sociedad se relaje y se comporte de forma tan autocomplaciente, poniendo los ojos en blanco cada vez que alguien menciona un tema de revisión histórica, de crítica constructiva o simplemente ante la mención de la palabra *feminismo*.

“ ¿Por qué tras milenios en los fogones solo hay hombres en los programas culinarios de la televisión y en las guías de alta cocina? ”

La acción a la que apelo es sencilla, tan sencilla como contar con los dedos de las manos, como proponían las feministas de los setenta. Y así seremos más conscientes de, por ejemplo, cuántas colaboradoras hay en un programa de televisión, cuántas académicas se sientan en cualquier academia española (de la Lengua, de la Ciencia...), cuántas son las galardonadas con los premios importantes, cuántas mujeres han obtenido las becas más prestigiosas, cuántas son las ministras y secretarías y primeras ministras, y así una lista hasta el infinito.

Otra herramienta para la acción la utilizan los niños y los filósofos: la pregunta. ¿Por qué una exposición de diez pintoras es una exposición femenina y una exposición de diez pintores es una exposición? ¿Por qué una mesa redonda de mujeres ha de versar sobre temas y problemática de mujeres y una compuesta por hombres se entiende que puede hablar sobre temas universales? ¿Por qué los libros escritos por hombres no

son literatura masculina? ¿Por qué tras milenios en los fogones solo hay hombres en los programas culinarios de la televisión y en las guías de alta cocina?

Es importante reivindicar una tradición intelectual y artística de las mujeres, como reclama la académica estadounidense Elaine Showalter en su libro *Inventing Herself*. Que nuestras hijas e hijos tengan referentes donde mirarse; que se sientan eslabones de una cadena y acaben con la maldición que ha pesado sobre las mujeres creadoras y emprendedoras, condenadas hasta en el propio siglo XX a ser falsas pioneras, a empezar como Sísifo de cero, empeñada la Historia en matarlas por segunda vez con un olvido metódico. Se podría empezar por explicar en las escuelas la labor de Hildegard von Bingen como literata y creadora de la musicoterapia en la Alta Edad Media; por ilustrar las clases de barroco con Artemisia Gentileschi y de mostrar su versión de *Susana y los viejos* para superar el paradigma de niña-Lolita que tanta influencia sigue teniendo en la actualidad sobre nuestras niñas terriblemente sexualizadas. Que se hable de Louise Vigée-Lebrun como ejemplo de alguien que ha llegado a lo más alto y lo ha perdido todo, inasequible al desaliento, la ruina y el exilio a lo largo de su vida. Que se ilustre el siglo XIX con una personalidad como la de Rosa Bonheur, autorizada al travestismo con fines académicos y cuyos modelos animales paseaban por su finca, desde leones hasta ovejas, acompañada por su secretaria y amante hasta el fin de sus días. Que a la hora de hablar de las vanguardias en España se ponga la figura de Angelita Santos en su lugar, figura clave de la creación pictórica del primer tercio del pasado siglo; o la propia Maruja Mallo, ausente eterna de lo que en realidad fue un cuarteto con Dalí, Lorca y Buñuel. Y que a la hora de cuantificar en moneda el valor se diga que la artista española más cotizada a nivel internacional

es, después de Juan Muñoz, la pintora de raza gitana Lita Caballut.

Estos son datos. Hay miles más. Sería hora de revisar la historia, reivindicar el pasado y afianzar la labor del presente, de forma que llegue un día en el que la naturalidad al hablar de temas de género, de porcentajes y trabajos nos demuestre que se ha ascendido otro escalón en la igualdad. La aspiración es que los cuentos infantiles los protagonicen tantas gatitas, niñas, ostras y patitas como sus homónimos masculinos. Que hablen de economía mujeres en una mesa redonda. Que en las academias los sillones se repartan al cincuenta por ciento y que nos puedan gobernar mujeres gordas, feas, con pelo sucio e ineptas, como lo hacen sus colegas masculinos. A lo mejor así surgía una interesante literatura masculina, donde los protagonistas compaginaran la acción con la familia, donde el autor diera en la solapa datos sobre sus hijos (número, edades) porque a sus lectores les pareciera de interés.

“ La meta no es sustituir un género por otro sino enriquecernos con la convivencia entre distintos. ”

Esa naturalidad planteada como una conquista nos acercaría a la justicia de la que hablaba al principio del artículo doña Adela Cortina, y también a un enriquecimiento de nuestra sociedad, al dar cabida a otros puntos de vista, otras escalas, otras sensibilidades. En el fondo, la meta no es sustituir un género por otro sino enriquecernos con la convivencia entre distintos.